

mandó entonces á España á su hermano y él volvió á Italia. El paso de los Alpes ofrecía grandes dificultades pero no era imposible; las hordas celtas lo habían verificado frecuentemente. Es verdad que á las dificultades naturales se reunía aquí la hostilidad de los galos montañeses, pero estos obstáculos eran pequeños para un hombre de los tamaños de Hannibal. El paso probablemente se verificó por el Ginebro. (1) (Mommsen dice que por el pequeño S. Bernardo), y cuando penetró en la Italia su ejército había mermado considerablemente.

Los romanos tenían sus dos grandes ejércitos uno en España y otro en Sicilia listo para desembarcar en Africa. En el valle del Po solo tenían unos 20,000 hombres que habían ido á contener la prematura insurrección de los galos. Cuando se conoció en Roma la tentativa de Hannibal pareció una locura digna de menosprecio. Sin embargo Scipion marchó á ponerse al frente del ejército del Po, en donde el ejército de Sicilia desembarcado en Ariminum se le reunió despues. La batalla tuvo lugar á orillas del Trebia y los romanos, gracias á la caballería superior de Hannibal, fueron completamente vencidos, (véase Polibio). Los cartagineses habían perdido sus elefantes y los galos aliados mucha gente, pero la Italia del N. había sido conquistada por Hannibal. Esto pasaba en la fuerza del invierno.

Los romanos se preparaban para una campaña en la primavera siguiente y tomaron todas sus medidas en consecuencia. Uno de los cónsules, Flaminius, ocupó la gran vía del E. que iba á Arretium, el otro la vía occidental y esperaron. Hannibal

(1) Seguimos la opinion de M. E. Desjardins que despues de un atento estudio de los textos, sostiene que Hannibal siguió la orilla izquierda del Ródano luego el Isère, el Drac y el Romanche, pasó en seguida los Alpes del Delfinado por la garganta de Lautaret para desembarcar en el valle del Durance, y que despues subió al Ginebro por donde llegó á las comarcas habitadas por los *taurini* por el valle de Dora Riparia. (Geographie de la Gaule Romaine.—Hachette.—En publicacion).

que no podía mantenerse en las regiones frias, despues de alistar en su ejército á más de 60,000 galos pasó el Apenino para llevar la guerra al corazon de la Italia y desorganizar la gran federacion cuyo centro era Roma; sabía que solo de este modo podía agobiar á la orgullosa metrópoli. Por este motivo ponía en libertad á los prisioneros italianos, diciéndoles que venía á proteger el renacimiento de su perdida independencia. Para ganar tiempo al cónsul Flaminius, Hannibal hizo pasar á su ejército en medio de indecibles sufrimientos, las comarcas pantanosas que separaban el Auser del Arno; en esta ocasion perdió Hannibal un ojo. El cónsul, hombre extraordinariamente pagado de sí mismo, se dejó conducir torpemente al campo de batalla elegido por los cartagineses que era un desfiladero en una de cuyas extremidades estaba el lago Trasimeno y allí el 27 de Junio de 217, (Reiss), fué anonadado el ejército romano.

Entonces si se sintió en peligro la ciudad; todo el mundo tomó las armas y Fabius Maximus fué nombrado dictador; pero Hannibal que necesitaba á toda costa reparar las fuerzas de su ejército y desarrollar los vastos planes políticos que habían de preparar el golpe de gracia á Roma, repasó el Apenino y no se detuvo hasta el Adriático. La concepcion revela la osadía de este hombre de génio, pero desde el momento de realizarlo empezaron sus decepciones, ninguna de las ciudades sabélicas le abrió sus puertas y cuando llegó á la Apulia del N., apareció á uno de sus flancos Fabius con un ejército intacto aún. El dictador romano, enemigo político de Flaminius y de la demagogia militar que lo había levantado, usó en la campaña de una táctica en extremo prudente, la de no presentar batalla y dejar que los cartagineses se fueran debilitando sin cesar, por eso fué llamado *Fabius Cunctator*, el temporizador. Hannibal, comprendiendo la idea del general romano, y como era na-

tural, su plan consistió en obligarlo á batirse y en aprovecharse de su decision de esquivar la batalla; empezó á asolar la Italia central ejecutando marchas admirables y venciendo cerca de Luceria á Minutius, que había sido nombrado co-dictador por el pueblo exasperado con la lentitud de Fabius.

Esta misma exasperacion trajo consigo la supresion de la dictadura y el nombramiento de dos cónsules, uno de los cuales Terentius Varro, era el candidato de la demagogia. Decididos á atacar á Hannibal, marcharon hasta el castillo de Cannas, de que éste se había apoderado, y á causa de la nefasta influencia del general populachero, le presentaron batalla. El ejército romano era mucho más fuerte que el de Hannibal, pero éste gracias á sus acertadas disposiciones y á los esfuerzos de la caballería mandada por su hermano Hasdrubal, obtuvo una victoria, que quizá es la más completa que registran los anales militares. Más de dos terceras partes del ejército romano quedaron tendidas en el campo. El cónsul Emilius Paulus había perecido, Varro había huido. (Agosto de 215 ántes de J. C.)

Si Hannibal hubiera podido disponer de los refuerzos que esperaba, Roma habría recibido un golpe mortal. Pero los Scipiones habían atajado á los cartagineses en España y en la metrópoli se perdía el tiempo, á causa del recelo con que su aristocracia veía al gran vástago de los Barkas. Por fin los refuerzos fueron derrotados, á tiempo que el rey de Macedonia, Filippo, gracias á Demetrio de Paros, se decidía á entrar en una gran alianza con los cartagineses. La inmediata consecuencia del triunfo de Cannas fué la desorganizacion de una parte de la confederacion italiana. Varias poblaciones de las comarcas sabélicas y sobre todo la rica Capua en la Campania, se pronun-

ciaron por Hannibal; Siracusa, muerto Hieron, el fiel aliado de los romanos, pasó también al campo cartagines. En cambio todas las ciudades italo-griegas permanecieron adictas á Roma, lo mismo que las ciudades latinas que formaban en torno de ella un muro inexpugnable. Aun en las mismas ciudades infidentes, hubo un partido romano, compuesto de aristócratas que disminuyó en gran manera la fuerza de los aliados del africano.

La historia enseña cómo en aquel duelo terrible, solo una cosa hubo superior al génio y á la fortuna de Hannibal, el génio y la fortuna de Roma. La aristocracia senatorial, comprendiendo que si las divisiones interiores seguían, todo estaba perdido, decretó con ánimo levantado la confianza. Ordenó que los lutos fueran cortos, acudió á las inmensas necesidades del momento con energía tan grande como el desastre, y, ejemplo soberano, ordenó la recepcion del fugitivo de Cannas, de Varro, causa de tantas desgracias, con todos los honores debidos á su rango, dándole las gracias por no haber desesperado de la patria. Una ciudad que disponía de tantas fuerzas vivas, era invencible.

Hombres experimentados como el viejo Fabius, como Sempronius Gracchus, como Marcellus, el más bravo é inteligente de ellos, se encargaron entonces de la direccion de la campaña y á poco de operar, Hannibal estaba reducido á la defensiva. Solo una cosa podía salvarle, los auxilios del exterior, pero Cartago empezó por negárselos y no sin razon, por más que se diga, porque mientras Hannibal vencía en Italia, Hasdrubal era completamente derrotado á orillas del Ebro y los refuerzos fueron á España. Al mismo tiempo los romanos se mantenían victoriosos en Sicilia, á tal grado que Marcellus pu-

do sitiar á Siracusa presa de furiosas discordias intestinas. Los cartagineses lucharon por desalojar á los romanos de sus posiciones pero estos se defendieron admirablemente y el ejército cartaginés fué diezmado por las enfermedades y la indisciplina. La escuadra esquivó un encuentro con los sitiadores y Marcellus, gracias á la traición de alguno de los defensores, se apoderó de la ciudad y la entregó al pillaje. Ahí pereció el famoso Arquímedes que tanto contribuyó al adelanto de la matemática, de la mecánica y de la física, y que había consagrado todo su saber y su ingenio á la defensa de la ciudad. En vano se esforzó Hannibal por conservar el resto de la isla, mandando á ella á uno de sus mejores oficiales con un cuerpo de númidas. Los torpes celos del general cartaginés enviado á Sicilia por el Senado púnico, motivaron la desercion del númida, la toma de Akragas, que desde entonces se llamó Agrigentum y la consolidacion del dominio de Roma en toda la isla. Por este lado las puertas se cerraban para Hannibal, mientras por el lado de la Grecia entregada á sus divisiones perpétuas, no bastó toda la hábil diplomacia del africano para obligar á Filipo á realizar la alianza; el imprevisor antagonido se contentó con una manifestacion estéril contra las posesiones de la República en el Epiro, pero fué vencido fácilmente, los romanos sublevaron en su contra á una parte de los griegos y al cabo de algunos años solicitó la paz.

Entretanto los Scipiones no solo recuperaban á Sagunto y cerraban á los cartagineses el camino de Italia, sino que llevando la guerra con éxito feliz á las orillas del Bétis, (Guadalquivir), arrancaron á los africanos lo mejor de su territorio español. Hicieron aun más; suscitaron á Cartago un terrible enemigo en Africa misma, Sifax, que su-

blevó casi todas las poblaciones libias, pero que al fin fué derrotado por Masinisa. Este golpe desconcertó á los Scipiones; el ejército cartaginés que había ido en auxilio de la metrópoli volvió á España y acabó por vencer á los generales romanos, que perecieron valientemente en la lucha. La España fué reconquistada hasta el Ebro en cuya ribera derecha se mantuvieron los romanos y poco despues emprendieron de nuevo la marcha hácia el Guadalquivir.

Cinco años hacia que Hannibal estaba en Italia y todas sus esperanzas habían ido desapareciendo, á medida que los romanos que reparaban incesantemente el efecto de sus primeras derrotas comenzaban á obtener ventajas parciales y á apoderarse de algunas de las plazas que se habían pasado al enemigo, mientras que los Cónsules concentrando la guerra en Campania, lograban sitiar á Capua, despues de una primera tentativa desbaratada por Hannibal. El héroe púnico había logrado apoderarse de Tarento y sitiaba la ciudadela cuando tuvo noticia de la segunda tentativa contra Capua. A riesgo de traer en pos suya á toda la parte del ejército no ocupada en el sitio, Hannibal emprendió una marcha atrevida hasta Capua, y viendo que su presencia no bastaba á obligar á los cónsules á dejar sus posiciones, quiso forzarlos á ello avanzando sobre Roma, que supo con terror la noticia de que el cartaginés acampaba á una milla de distancia; los cónsules no se movieron sin embargo; el plan de Hannibal había fracasado, Capua acabó por rendirse y los romanos castigaron su defeccion con una crueldad feroz y fria (211).

Hannibal empezaba á hacer en el fondo de la Italia, el papel del león acorralado; algunas veces hacia destrozos en las legiones, pero estas se rehacian con increíble tenacidad. En una de

aquellas ocasiones, mientras Marcellus lo forzaba á la inmovilidad, el anciano Fabius se apoderó de Tarento. (209) El cansancio y la miseria eran generales, algunos de los aliados latinos se rehusaron á contribuir por mayor tiempo al sostenimiento de la guerra y el Senado tuvo que callarse; pero todos sentian que la crisis se aproximaba. Efectivamente, Hasdrubal, hermano menor de Hannibal, había logrado escapar en España á Scipion con un gran ejército, había atravesado los Pirineos, los Alpes, deteniéndose imprudentemente en la Galia Cisalpina y bajado al fin á la Ombria. Roma volvía á verse en peligro inminente, se sabia que Hannibal que había logrado subir á la Apulia, se detenía ante uno de los Cónsules que le cerraba el paso, mientras el otro hacia lo mismo con Hasdrubal. Un correo interceptado por el cónsul Neron, le hace conocer los planes de reunion de los dos hermanos; dejando el grueso de su ejército frente á Hannibal, corre atrevidamente á reunirse á su colega, obligan á Hasdrubal á presentar batalla en las orillas del Metauro, lo vencen completamente y Neron vuelve á su campamento y hace arrojar en el de Hannibal la cabeza de Hasdrubal. La fortuna había vuelto la espalda al vencedor de Cannas. Refugiado en el Brutium, se sostuvo ahí cinco años todavía, hasta que sus amigos de Cartago lo llamaron en su auxilio contra Scipion.

Este era el famoso Publius Cornelius Scipio, hijo de uno de los dos Scipiones muertos en España. Su familia, su belleza, su talento, su arte maravilloso para seducir á las masas, le valieron el ser enviado á España á los veinticuatro años siendo apenas tribuno militar. «Bastante inspirado para inflamar los corazones, dice Mommsen de este hombre heróico y simpático, bastante frio y reflexivo para no adoptar

más que el consejo de la razon, para contar siempre con la ley comun de las cosas de este mundo; muy ageno de creer con la muchedumbre en la revelacion divina de sus propias concepciones y demasiado diestro para procurar desengañarla; teniendo además la conviccion profunda de que era un grande hombre por la gracia de los dioses; verdadero carácter de profeta, en suma, se mantuvo sobre y fuera del pueblo.» Scipion fué uno de esos hombres que sin poderse llamar de génio, están destinados á vencer á los guerreros de génio, cuando éstos se han gastado luchando con el imposible, y de este modo suben á la cúspide de la fortuna. Scipion marca el advenimiento en la república de esa serie de hombres populares, verdaderos reyes de las masas, que habían de preparar la trasformacion de la democracia en imperio; Scipion, los Gracos, Mario, Pompeyo mismo, son los precursores de César. Hombre, por otra parte, de una cultura refinada, con él entró en el vetusto hogar de la sociedad romana un soplo helénico que estaba destinado á trasformarlo todo y á realizar la unificacion de la civilizacion antigua.

Apenas llegó á España, se apoderó de Cartajena por un golpe de mano y aunque dejó escapar á Hasdrubal hácia los Pirineos, reconquistó rápidamente toda la península, concertó con los *cheiks* númidas su expedicion al Africa, y cuando Magon, que con otros muchos cartagineses, se había refugiado en Gades, (Cádiz), abandonó la ciudad, que fué quizá la primera de las colonias fenicias en aquellas regiones, para llevar á Hannibal un refuerzo tardío, Scipion pudo decir que España había cesado para siempre de pertenecer á los cartagineses. El afortunado capitán á quien la suerte había protegido, á pesar de sus graves errores militares, volvió

á Roma el año 206 a. J. C. Elejido cónsul para el año siguiente, no se preocupó más que de llevar la guerra al África. Pasó á Sicilia, y aunque la desconfianza del Senado fué un obstáculo para sus proyectos, organizó la expedición y partió de Lilibea con cierto aparato teatral y religioso, invocando para él y para el pueblo romano, puestos á la misma altura en sus deprecaciones, la proteccion de Júpiter. Llegó á las costas africanas en donde se le unió Massinissa, ántes enemigo de los romanos y ahora su amigo por odio á Sifax, aliado de Cartago. El terrible númida fué un aliado eficaz de Scipion que pudo vencer á los ejércitos púnicos á pesar de los refuerzos que les habian llevado Sifax, los macedonios y los celtiberos. Estos desastres dieron aliento en Cartago á los partidarios de la paz sobajados durante la preponderancia de los Barkas. Entraron en pláticas con el general romano y se firmaron algunos preliminares ventajosos para Cartago, dadas las circunstancias; pero á poco el partido de la guerra logró sobreponerse y llamó en su auxilio á Magon, el más pequeño de los hijos de Hamilkar y á su hermano Hannibal. Magon que se hallaba en el N. de la Italia, apenas pudo ponerse en marcha porque estaba herido gravemente y pereció en la travesía. Hannibal estaba en Crotona procurando realizar una alianza de griegos é italianos contra Roma, y en cuanto recibió el mensaje de sus amigos se puso en marcha. Sin hallar obstáculo alguno desembarcó en Leptis, volviendo á pisar el suelo africano despues de 36 años de ausencia. En cuanto llegó, el partido patriota rompió la tregua celebrada con Scipion, y éste, despues de celebrar una conferencia con Hannibal en que se negó á hacer mayores concesiones á Cartago, presentó batalla al enemigo y lo venció

completamente en Zama. Hannibal seguido de muy pocos logró salvarse (201). Scipion pudo apoderarse de Cartago; prefirió tratar. Las condiciones fueron durísimas, enorme la indemnizacion de guerra exigida y humillante el estado á que quedó reducida la ciudad; bajó al rango de verdadera tributaria, bajo la vigilancia terrible de Massinissa y sus númidas. Con esta paz la dominacion absoluta de Roma sobre la Italia, en donde las ciudades que ayudaron á Hannibal fueron tratadas cruelmente, quedó definitivamente consolidada, así como su preponderancia en el Mediterráneo occidental. Roma era desde aquel momento la potencia más fuerte del mundo antiguo.

LA CONQUISTA DEL MUNDO.—Desde la paz con Cartago hasta la reduccion de Pergamo á provincia romana. (201-129). Inmediatamente que se firmó la paz, Roma se dedicó á los asuntos de Italia, que reclamaban su atencion en la completa desorganizacion que habia introducido en la península la presencia de Hannibal. En los últimos tiempos, sobre todo, las tentativas de los dos hermanos del héroe, en el N. de Italia, habian hecho en extremo precaria la dominacion de los valles situados al pié de los Alpes. Roma restableció en la region del Pó rápidamente su poderio, naciones enteras como la de los Boios quedaron reducidas á la nada y los países que ocupaban, colonizados y latinizados sistemáticamente. Colonias fuertes y colocadas hábilmente sujetaron el país cisalpino y sirvieron de centinelas avanzadas como Aquilea para impedir las incursiones de los transalpinos. Con el mismo sistema contuvieron definitivamente á los ligures, á los sardos, corsos, etc.

En España tambien tuvo que luchar Roma contra los indomables indigenas de la comarca, y á pesar de que mante-

ner un ejército de ocupacion en la península ibérica le era gravoso, la circunstancia de no poder abandonar aquella conquista, á riesgo de verla volver á manos de los africanos, le obligó á hacerlo así.

Porque Cartago aun era temible. Es verdad que Roma le habia dejado un puñal clavado en el corazón, el imperio númida de Massinissa. Estos númidas descendientes de los libios ó *libui* que probablemente vinieron con los egipcios del Asia y se derramaron por el N. del Africa y de los que descienden los Khabylas actuales, á pesar de estar constituidos en tribus nómades, (de donde se origina el nombre de *númidas*), habian soportado siempre mal la inconsiderada opresion de los mercaderes púnicos. Massinissa que era un salvaje de génio, fuerte con la decidida proteccion de Roma, sometió á su imperio casi todo el N. de Africa hasta los límites de la Kirenaica, y residia habitualmente en Cirta (la Constantina actual). Abrazando á Cartago con un círculo de fierro y ambicionando en secreto hacer de ella la capital de su imperio, el númida la provocaba sin cesar mermando constantemente el territorio que la generosidad de Roma habia olvidado en tornó suyo. Los cartagineses con la paciencia propia de los fenicios que no se agotaba sino cuando habia llegado el dia de la desesperacion, para convertirse entonces en una energia espantosa, los cartagineses, decimos, enviaron á Roma varios embajadores pidiendo justicia. Los romanos fingian oírlos, pero en realidad entraba demasiado en sus miras la conducta de Massinissa para que pensaran seriamente en acotarla. Como Cartago no podia segun una cláusula del tratado atacar á ninguno de los aliados de Roma, nada se atrevia á emprender contra Massinissa y aguardaba. Hannibal que ha-

bia cambiado el inepto gobierno de la oligarquía, por una democracia que estaba á sus órdenes, procuraba ser olvidado mientras preparaba con suma destreza la revancha de Cartago, rehaciendo sus recursos y procurándole aliados en Grecia y en el Oriente. Los romanos no descansaron en pedir su expulsion, hasta que el gran vencido de Zama se vió obligado á huir á Siria, en donde reinaba Antiokos.

Dueños los romanos de la cuenca occidental del Mediterráneo, toda su política debió consistir y consistió en impedir la formacion de un gran estado en la cuenca oriental que amenazara el comercio de sus provincias marítimas é insulares. En el Oriente solo podian formarse ó mejor dicho crecer á expensas de los otros, uno de estos tres imperios: el Egipto, que habia llegado, gracias á la sabia política de los primeros lágidas á un alto grado de bienestar y que se contentaba con ser el gran depósito del comercio entre Asia y Europa y el protector de las artes y las ciencias; el del Asia, vinculado en la familia de los seleukidas y que no era más que el antiguo imperio aqueménide helenizado superficialmente, compuesto de elementos heterogéneos, de una suma facticia de poderes sobre pueblos en realidad independientes y que parecia haber heredado la debilidad radical del reino persa; la Macedonia: esta monarquía, herencia recogida por los descendientes de Antigonos en el naufragio de la familia de Alejandro, era un país lo mismo que en tiempo de Filippo fuerte para la conquista y que podia servir aun de instrumento á un hombre de génio. Sobre las luchas entre estos tres imperios se habia posado la mirada profunda del águila romana.

La presa que se disputaba era el mundo griego. La Grecia, lo hemos visto ya, era la gran proveedora de generales,

de ministros, de cortesanos, de hombres de talento y de soldados, de todo aquel mundo en combate. Agotada toda su savia, vivía sin embargo pero con una sombra de vida. Esparta había caído al lodo después de las heroicas tentativas de Agis y Kleomenes; del poder de un aventurero tarentino, Makedas, vencido y muerto por Filopemen, uno de los caudillos de la liga aquea, había pasado al de un tiranuelo feroz, Nabis, que aliado con los piratas cretenses, dominaba por el terror en medio de la corrupción más desenfrenada. Atenas era una pobre ciudad que se arrodillaba delante de sus opresores. Thebas, entregada al desenfreno, veía á sus ciudadanos dejar sus bienes á sus compañeros de taberna. Estas tres ciudades, estaban ligadas á los etolios, grupos de hombres viriles que habían venido á última hora en la historia de la Grecia, y que estaban asociados para el pillaje y la devastación. Sus enemigos natos eran los aqueos, que apesar de una excelente constitución y de las aspiraciones de sus caudillos para unir la Grecia contra el enemigo común habían sido los primeros en llamar los ejércitos macedonios al Peloponeso. Además de estas divisiones existían las viejas, de Mesenia contra Esparta, de Esparta contra Argos, etc.

Entre todos estos pequeños pueblos débiles, en las islas y en el Asia menor habían subsistido algunos en quienes la debilidad no existía. Así el reino de Pergamo, salvado por Attalus de las terribles invasiones de los galos en el Asia menor, había podido mantenerse independiente y fuerte á pesar del gran poder de los seleukidas. Así los rodios en su isla, lograban apoyándose en el Egipto mantener su preponderancia, la suficiente para forzar el paso de la Propóntide y del Ponto Euxino, asegurándose un libre comercio en aquellas regiones.

En este estado las cosas, habiendo heredado el trono de Egipto un niño de cinco años, Ptolemeo Epifanes, Antiochos III que reinaba en el Asia y Filippo II que reinaba en Macedonia se concertaron para repartirse el Egipto. A pesar de la enérgica oposición de los rodios y al través de diversas peripecias, Filippo estaba en camino de conseguir su parte de botín en la destrucción del imperio lágida, cuando la paz de Roma con Cartago y poco después la declaración de guerra de parte de la República, le obligaron á abandonar sus empresas en Oriente. Cuando Ptolemeo Epifanes que era pupilo del Senado envió á Roma una embajada para pedir el permiso de socorrer á Atenas contra Filippo, los cónsules, para convencer al pueblo que estaba ya cansado de la guerra, dijeron que Atenas sería una segunda Sagunto y Filippo otro Hannibal; por lo cual era preciso ir á batallar en Grecia para que la guerra no viniera á Italia. ¿Sus cónsules creían lo que decían? Filippo era valiente, audaz y astuto, pero hombre de placer é incapaz de grandes miras, no supo cuando pudo ayudar á Hannibal á vencer á Roma ni prepararse formando un solo estado compacto de la Grecia á resistir el choque de las legiones romanas, que bien lo sabía, era inevitable. Los romanos lo despreciaban en el fondo, y sólo enviaron contra él dos legiones. Los aliados de Filippo en sus empresas contra Oriente, eran Prusias, rey de Bithinia y Antiochos, que no lo pudieron ayudar contra Roma; en contra suya tenía á Attalus rey de Pergamo, y Rodas, que dieron bajeles á los romanos, y los etolios que ocupaban las Thermópilas y que dieron su caballería. La liga aquea en lucha con Nabis, tirano de Esparta, permaneció neutral. En vano Filippo intentó sublevar la Grecia entera; el odio que había inspirado por sus des-

manes en el Helesponto superó á la profunda desconfianza que inspiraban los romanos.

En el otoño del año 200 a. J. C., los romanos desembarcaron cerca de Apolonia, mandados por el cónsul Galba y permanecieron durante algun tiempo en la comarca, mientras se combinaba un plan de ataque por diversos puntos contra Filippo y las flotas aliadas con la romana incendiaban á Kalcis en Eubea y procuraban enseñorearse del Mar Egeo. Los romanos llegaron al corazón de la Macedonia, pero el invierno los hizo retroceder; otro cónsul no fué más feliz; por fin Flaminius, un romano completamente helenizado, un Scipion de segundo orden, se puso al frente del ejército. Arrojó á Filippo de la Tessalia, puso en el invierno sitio á Corinto y obtuvo que la liga aquea se declarara por él mientras que Nabis á pesar de los halagos de Filippo rehusaba aliarse á los macedonios. Por fin, en Junio de 197 los macedonios libraron una gran batalla en la llanura de *Kynokefala*; calurosamente disputada la victoria, los romanos y sus aliados la lograron al fin por completo, y á poco Flaminius celebró la paz con Filippo, dejando reducido su reino al estado de Cartago después de Zama. Desarmado é impotente, se vió obligado á entrar en la *sinmaquia* romana á guisa de rey tributario, resignado á la humillación, porque estaba resuelto á vengarse.

Del triunfo de los romanos resultó el engrandecimiento de la liga Aquea y el abatimiento del tiranuelo feroz de Esparta contra el cual marcharon reunidos griegos y romanos. Se dejó á Nabis el trono pero se le arrancaron los medios de disponer de los piratas de Kreta y se le rodeó de enemigos. Obedeciendo al sentimiento popular que repugnaba mezclarse en los asuntos greco-orientales, el Senado influido por el

helenismo de Flaminius, juzgó oportuno retirar sus tropas de la Grecia y para crearse en ella firmes partidarios, declarar libres todas las ciudades griegas; lo que hizo Flaminius solemnemente en los Juegos istmicos, en medio del alborozo y del entusiasmo inmenso de aquellos pobres helenos, que no comprendían que la libertad nada significaba para los pueblos débiles.

Antiochos III á quienes sus cortesanos apellidaban el Grande, había visto indiferente caer á Filippo en Kynokefala prosiguiendo la tarea que se había impuesto de arrancar á los egipcios todas las posesiones del Asia; los rodios y el rey de Pergamo directamente amenazados por el seleukida se opusieron á sus avances y acudieron á los romanos que se contentaron primero con tratar la cuestión diplomáticamente, aunque convencidos estaban, de que Antiochos aprovecharía la ocasión propicia para hacerles la guerra, como lo demostraba claramente el magnífico recibimiento que hizo á Hannibal en Efesos. La circunstancia de haber retirado Flaminius todas las tropas romanas de la Grecia, alentaba al seleukida que procuró atraerse á su partido á los reyes de Bithinia, de Pergamo, en el Asia Menor, á las ciudades libres y á los rodios con toda suerte de concesiones, y al Egipto por medio del matrimonio de una hija suya con el Ptolemeo reinante. La liga etolia que se había declarado por él en Grecia, había ofrecido sublevar á todos los griegos en su favor. Empezando desde luego á obrar contra la liga aquea, sublevaron los etolios á Nabis, luego lo hicieron asesinar para apoderarse de Esparta, lo que no lograron gracias á Filopemen que se adueñó de la ciudad y la hizo entrar en la liga aquea. Por este tiempo aparecieron las flotas romanas en las aguas de la Grecia y todas las vacila-

ciones cesaron. Filipo de Macedonia, por odio á Antiokos que lo habia abandonado en su lucha con los romanos, la liga aquea, el Egipto, los rodios, Eumenes de Pergamo, Prusias de Bithinia, se declararon por Roma, y solo los etolios y los magnetas permanecieron unidos al rey sirio. Este para ganar tiempo se dirigió á Eubea con un ejército insignificante y ahí se entregó á todos los placeres de las cortes orientales dejando que los romanos se acercaran. Quiso cerrarles el paso de las Termópilas en donde su ejército pereció por completo; Hannibal le habia pronosticado la derrota. El rey se refugió en Efesos y los romanos se prepararon á llevar la guerra al Asia desde Grecia, en donde, gracias á la intervencion de Flamininus habian concedido una tregua á los etolios. El rey quiso impedir el paso de los romanos al Asia, por medio de sus flotas pero no lo logró. Una de estas flotas mandada por Hannibal fué vencida por los rodios, primera y única batalla naval del grande hombre perseguido por la desgracia. La expedicion en el Asia fué confiada á Lucius Scipio, hermano del Africano, que fué el director de hecho de la campaña. Antiokos fué totalmente vencido en Magnesia al pié del monte Syphilo, (5 de Octubre de 190), y la paz se celebró pagando el rey todos los gastos de la guerra, y abandonando toda el Asia Menor menos la Kilikia. La Siria quedó reducida á una potencia de segundo orden y el que mas aprovechó de sus despojos fué Eumenes de Pergamo; los romanos querian poner un reino poderoso que les fuera devoto entre Macedonia y Siria. Otra consecuencia de la derrota fué, que las dos satrapías de Armenia se hicieran independientes desde entónces de los selencidas. En Grecia los etolios fueron reducidos despues de haber defendido bravamente

algunas de sus ciudades y obtuvieron la paz en condiciones relativamente equitativas. Filipo obtuvo algunas ventajas por su fiel cooperacion en la guerra de Asia; los aqueos, que se habian aprovechado de la guerra para hacer entrar de grado ó por fuerza en la liga al Pelomoneso entero, aun algunas ciudades del partido etolio y algunas islas que debian pertenecer á los romanos. Cuando la liga fué verdaderamente opresora y empezó á reinar por el terror en Esparta, los romanos intervinieron limitando sus facultades, y por último, cansados de las divisiones irreconciliables de tantas pequeñas facciones, Roma decretó la muerte de la liga; poco despues del paso de Flamininus por Mesenia, esta ciudad se sublevó. A pesar de su edad avanzada Filopomen marchó contra la ciudad rebelde en compañía de su consejero y amigo Lykortas, padre del historiador Polybio. Hecho prisionero por los messenios, fué condenado á beber cicuta. Los griegos le hicieron magníficos funerales; con él desaparecia la raza de los Leonidas, de los Aristides, de los Epaminondas. Polybio llevaba la urna que encerraba sus cenizas, «como dicen que las madres aman mas á los hijos que tienen en una edad avanzada, la Grecia que tuvo á Filopomen en su vejez lo amó con un amor único y lo llamó el último de sus hijos.» (Plutarco). Esto pasaba el año de 183; ese mismo año Hannibal que habia huido de la corte de Antiokos despues de la paz, y habia acabado por refugiarse en la corte de Prusias, temiendo que éste obedeciendo á las insinuaciones de Flamininus lo entregara á los romanos, se dió la muerte; tambien en ese mismo año Scipion el africano, martirizado por la ingratitude del pueblo, murió en el destierro voluntario que se habia impuesto.

Poco tiempo despues, en 179, murió

Filipo de Macedonia dejando á su sucesor un reino muy reducido, pero compacto y un tesoro bien provisto. Este sucesor era Perseo, hijo legitimo de Filipo que habia logrado suceder á su padre, haciéndole creer que el heredero de la corona, Demetrios, jóven educado por los romanos, era cómplice de las intrigas de éstos contra el trono, por lo que el rey ordenó la muerte de su hijo; una vez ejecutado, el remordimiento y el dolor llevaron á Filipo á la tumba.

Perseo habia heredado de su padre un rencor irreconciliable contra Roma y la firme decision de vengarse. Hombre dotado de serias cualidades, aunque por debajo de la empresa que se proponia acometer, ha sido juzgado demasiado duramente quizá por la posteridad. Fingiendo sumision completa, empezó á acaparar inmensos tesoros y á formar lentamente una coalicion contra Roma. En Grecia se pusieron de su lado el partido nacional y la demagogia que luchaba contra los propietarios; todos los delincuentes contra la propiedad fueron invitados á refugiarse en Macedonia y los bárbaros germanos llamados por Perseo salvaron el Danubio y se arrojaron sobre los dardanos, pero fueron vencidos. El rey pensaba lanzarlos sobre Italia, y aunque no lo logró, no desistió por eso de sus proyectos. En Roma eran estos conocidos y el Senado se pronunció por la guerra. Al principio fueron muy flojas las operaciones, y la Grecia entera, gracias á esta dilacion, fermentaba y se cubría ya de partidas armadas, mientras que los romanos permanecian en un rincon de la Tesalia. Un hombre de experiencia y de altísimo espíritu militar fué puesto entónces al frente del ejército, *Paulus Emilius*. Despues de algunos combates parciales, se libró la batalla de Pydna, en donde á pesar de los esfuerzos de los

falangitas macedonios, los romanos obtuvieron una victoria completa. Perseo huyó á Samotrakia en donde abandonado de todos fué hecho al fin prisionero y la Macedonia dejó de existir como nacion; fué dividida, desarmada, arrasadas sus fortalezas, excepto las que la defendian de los bárbaros y desde entónces hasta nuestros dias no ha vuelto á aparecer con una existencia individual en la historia. Iliria tuvo la misma suerte; el Epeiro fué saqueado y cubierto de sangre; 150,000 epirotas fueron vendidos como esclavos. Todo el mundo temblaba ante Roma. Perseo adornaba el triunfo del vencedor de Pydna y moria poco despues de hambre á orillas del lago Fucino; su último heredero llegó á ser escribiente; Prusias, se presentaba de rodillas ante el Senado, rapado y cubierto con el gorro frigio como los libertos; Massinisa se declaraba usufructuario de su reino cuyo dueño era la República, y Paulus Emilius, Anitius y Octavius celebraban espléndidamente sus triunfos sobre Macedonia y sus aliados, inundando á Roma con todas las riquezas del arte y de la cultura helénicas.

Despues del aniquilamiento del antiguo reino de Alejandro, el de Pergamo empezaba á ser inútil. Roma lo abandonó en manos de sus enemigos los celtas del Asia Menor (galatas) y de los bitinios; Antiokos Epifanes que habia intentado apoderarse del Egipto, abandonó sumiso su empresa á una intimacion formal del Senado; en una palabra, pueblos y reyes escuchaban temerosos el nombre de Roma.

En la Grecia sólo quedaba en pié la liga aquea, sometida al cinismo servil de Kallikrates, un verdadero esclavo de Roma. En vano durante la última guerra con Perseo, los aqueos habian enviado en auxilio de los romanos un ejército al mando de Polybio. Los

aqueos fueron desairados y á poco el distinguido historiador y gran número de patriotas, que estorbaban á Kallikrates y á los suyos, fueron desterrados á Italia, en donde estuvieron diez y siete años. Cuando el amigo de los romanos murió, los desterrados obtuvieron el permiso de volver á la Grecia. (150). Por este tiempo un impostor que se daba por hijo de Perseo, había sublevado la Macedonia; vencido y capturado por Metellus, su intentona dió margen á los romanos para reducir á provincia la Macedonia. Acampaba todavía en ella Metellus cuando con motivo de una orden de Roma, que para cortar de raíz las disensiones en el Peloponeso, separaba á Esparta, Argos y Orcomenes de la liga aquea, la demagogia acaudillada por dos hombres feroces Dieos y Kritolaos, se sublevó contra Roma. Metellus primero y Mummius despues, vencieron é los aqueos; este último los destruyó completamente en Leukopetra y tomó á Corinto en donde hubo episodios heróicos. Los romanos poco apreciadores de las cosas de arte, saquearon y destruyeron aquel espléndido museo artístico. (146). La Grecia reducida á provincia romana con el nombre de *Acaia* ha cesado de existir; pero había muerto combatiendo. Estos versos de Antipater de Thesalonika podían servir de epitafio á toda la Grecia; el poeta se refiere á Corinto: «¿Qué se ha hecho tu hermosura tan admirada ¡oh! dórica Corinto? ¿En dónde están tus muros, tus torres, tus antiguos tesoros? ¿En donde están los templos de tus dioses, tus palacios, tus esposas bajando del Sísifo, y tus habitantes, que eran contados por millares? Infortunada de tí, no queda un sólo vestigio. Todo ha sido arrebatado ó devorado por la guerra. Sólo nosotras, nacidas inmortales, hijas del Océano, sólo nosotras,

quedamos como aleyones, para llorar tu desventura.»

Fatal fué, dice un historiador, la mitad del siglo II, antes de J. C. para la libertad de los pueblos de las orillas del Mediterráneo. El mismo año que sucumbia en Corinto la Grecia, Cartago perecia tambien. Algunos han llamado á ésta la tercera guerra púnica, no fué sino el asesinato proditorio de un pueblo. Los romanos habían dejado á Massinisa arrancar giron por giron su territorio á Cartago. Esta había sido su intencion al sentarlo en el trono nómida y lo dejaron hacer. Cansados los cartagineses de sufrir se decidieron á luchar y Roma comprendió que se acercaba el momento crítico para aquel gran imperio comercial que á pesar de sus derrotas había rehecho su prosperidad material. Esta prosperidad era la pesadilla de Roma y mantenía vivo su odio cuya fórmula era la muletilla de los discursos de Caton: *delenda est Carthago*. Cuando el octogenario Massinisa hubo vencido á los cartagineses, los romanos se apresuraron á apoderarse de la presa que el nómida había ya medio devorado. Empezaron por hacerse entregar por los cartagineses todas sus armas y luego les exigieron abandonar la ciudad y establecerse tierra adentro. Un grito de indignacion unánime acogió en aquella enorme ciudad de 700,000 almas aquella perfidia. Todo el mundo se dispuso á la resistencia. Esta fué heroica; por fin *Scipion, Emilianus*, hijo de Paulus Emilius y nieto por adopcion del *Africano* vencedor de Zama, se encargó de dirigir la campaña y acabó por apoderarse de la ciudad que fué pillada y completamente destruida. El vencedor lloraba sobre aquellas enormes ruinas y Polybio le escuchó repetir este verso de Homero: "Un dia tambien verá caer á Troya, la ciudad santa, y á Priamo y su pueblo invencible." (146.)

Trece años despues espiraba la libertad en España. Despues de la pacificación de España por Sempronius Gracchus hasta el año de 153, el país estaba tranquilo en apariencia, aunque la rapacidad de los pretores conservaba vivo el deseo de sacudir el yugo romano. En el año mencionado empezaron las revueltas de los lusitanos y de los celtiberos, que en vano pretendieron ahogar en sangre los generales romanos. El principal caudillo de estas luchas fué un pastor lusitano, Viriatho, que encendió la guerra en casi toda la península y que durante ocho años tuvo en jaque al poder romano en España, á fuerza de bravura y de astucia. Los romanos lo hicieron asesinar. Cepion sometió entónces á los lusitanos y Brutus avanzó hasta las orillas del mar en el país galaico, despues de dominar todo el Oeste de la península. En la Celtiberia, sólo resistían Numancia y Termancia. Los numantinos habían infligido á los romanos serios descabros, entre ellos uno vergonzoso al consul Mancinus y á su cuestor Tiberius Gracchus, á quien el amor del pueblo salvó de ser entregado á los numantinos por el Senado irritado. La direccion de la campaña fué confiada al destructor de Cartago; despues de una defensa de una heroicidad proverbial, Numancia cayó en poder de Scipion. Aquellos de sus habitantes que sobrevivían al hambre y á los combates se dieron muerte ántes de entregarse al vencedor. Solo cincuenta numantinos siguieron su carro de triunfo. (133).

El mismo año que sucumbió Numancia, uno de los sucesores de Eumenes, Attalus III, despues de una vida cruel y extravagante, murió dejando en su testamento al pueblo romano heredero de su reino; esto al ménos pretendió el Senado. El reino fué reducido en consecuencia á provincia, la de Asia. (133).

Hubo alguna resistencia, pero los legionarios la sofocaron rápidamente. Era la primera vez desde el año de 188 que los soldados de Roma aportaban al Asia. Para dominar en estos países habían bastado á Roma sus comisarios; por ellos logró á la muerte de Antiokos Epifanes sentar á un niño en el trono de Siria, completamente desarmado; Antiokos era el hombre que había mancillado el templo de Jerusalem y que acometió la temeraria empresa de helenizar á los judíos. El libro de Daniel, los de los Macabeos, etc., guardan en la Biblia la huella del odio profundo que los hebreos le tuvieron, odio solo comparable al de los cristianos contemporáneos del Apokalipsis contra Neron. Los judíos estaban en plena rebelion cuando Roma comenzó á protegerlos para debilitar el reino de los seleucidas entregados desde entónces á los monstruosos desórdenes domésticos. Igual cosa sucedía en el Egipto presa de las disensiones entre hermanos: Roma separó á Kipros y á la Kirenaica del reino de los lágidas, que así desmembrado comenzó su lenta agonía. En una palabra, el mundo civilizado estaba á los piés de la ciudad reina, que había hecho del Mediterráneo un lago romano.

Antes de penetrar en el grande y terrible periodo que trasformó la República en Imperio, es necesario darnos cuenta, aunque sea en breves términos, del estado de Roma á la raíz de la conquista del mundo. Solo así podremos explicarnos las causas que contribuyeron á este cambio profundo, que Michelet llama «la disolucion de la ciudad», y que nosotros intitulamos «la revolucion.» (V. Mommsen).

Realmente, cuanto se diga sobre este asunto, tiene que ser comentario del célebre verso de Horacio: *Græcia capta*